

que tratarán —es lo más probable— sobre como se fraguan las historias, se hincan las banderas o se construyen las casas» (588). His understanding of writing, he tells us, in the final pages, is similar to Machado's phrase «se hace el camino al andar.» Similar to what Machado writes, Lorenzo's alter ego states «que no se escribe sobre lo que se vive (como suelen pensar los que no escriben), sino que más bien se vive lo que se escribe» (676). This novel of novellas is, thus, if successful, a prolonged investigation into one's —the protagonist's, the author's, and, if willing, the reader's— understanding of one's purpose in life.

I write «if willing» because the reading of this text can become a task. One uses the term «good read» in literary criticism to denote those texts that hold our attention but may not rise to the level of a classical text (in the sense of a text that is taught in class). *Lecciones...* most definitely will hold the reader's attention, but to go past the level of a good read here calls for a definite suspension of disbelief, a willingness on the part of the reader to read metaphorically, to see the fantasies and eccentricities of the plot and its characters as part of a larger story, a story with philosophical transcendence. Much as Pablo d'Ors would expect, that level of reading will depend very much on the individual reader's ability to become one with the text (perhaps better stated as the *inability* to avoid doing so), much as Lorenzo Bellini became part of the population he originally meant to study.

Brooklyn College, CUNY
The Graduate Center, CUNY

WILLIAM SHERZER

Vila-Matas, Enrique. *Dublinesca*. Barcelona, Seix Barral, 2010. 327 pp.

Como nos tiene acostumbrados en sus anteriores novelas, en *Dublinesca* Enrique Vila-Matas hace un homenaje a la literatura por medio del humor y la ironía. *Dublinesca* es una paródica reflexión sobre el fin de una época, sobre la muerte de la noble rama del oficio de editor. El protagonista de la novela, Riba, un prestigioso editor barcelonés, se encuentra sumido en un profundo vacío existencial tras cerrar la editorial a la que ha dedicado toda su vida. Desde ese momento pasa sus días como en una pesadilla, sentado frente al ordenador sin ningún propósito. Un día tiene un sueño premonitorio que le indica que el sentido de su vida pasa por Dublín, y entonces comienza a planear el viaje para conjurar en una extraña tristeza ese vacío, para celebrar allí el funeral por la muerte de la literatura en su forma culta, tradicional, de la que la novela de Joyce representó uno de sus momentos estelares. ¿Por qué Dublín? Porque Riba admira la capacidad narrativa de los irlandeses y asegura: «es como si los dublinese tuvieran el don de la literatura» (132).

Se vive en el texto una atmosfera de presente fúnebre, un ambiente

gris en una Barcelona lluviosa, donde llueve intermitentemente igual que en Dublín, ciudad en la que el editor planifica ese réquiem del que solo sabe que deberá estar relacionado con el capítulo 6 del *Ulysses*. Un funeral no solo por el mundo derruido de la edición literaria, sino también por el mundo de los escritores verdaderos, y por los lectores con talento. Aunque esto suene tan apocalíptico, él sabe que ese funeral no puede tomarse absolutamente en serio y tiene que ser algo paródico.

Para Vila Matas, vida y literatura son la misma cosa, por eso, en sus novelas no existe una frontera entre realidad y ficción. En *Dublín* hay al mismo tiempo una preocupación por la identidad. En ella Vila Matas explica el vacío de la vida y asimismo la trascendencia del ser humano, y lo hace por medio de episodios narrativos y situaciones sacadas de la literatura ejemplificadas por el tedio del editor jubilado.

A través de asociaciones mentales, el protagonista va estableciendo vínculos entre su vida personal y personajes literarios. Durante toda la novela se mezclan personajes de la literatura y del mundo real. A Riba le resulta muy difícil saber quién es verdaderamente, confunde su vida con el catálogo de todas las obras que ha editado a lo largo de su extensa vida profesional. Ahora que ésta ha acabado, necesita encontrarse a sí mismo, necesita saber quién realmente pudo ser antes de que empezara a editar, y su propio yo quedara oculto tras el brillante catálogo de los libros que ha publicado.

Esta paradójica relación entre vida real/ficción es el eje conductor de toda la obra. En realidad Riba es un tipo al que le fascina el encanto de la vida corriente ya que como admirador de la obra de Joyce, sabe que el mundo funciona a través de insignificancias. Considera que el mayor hallazgo del *Ulysses* fue haber entendido que la vida está hecha de cosas triviales. Toda la novela se basa en una gran contradicción entre ese sentimiento confuso de ser un personaje literario —la relación con las situaciones literarias del personaje— y su incomodidad al darse cuenta de que ciertas situaciones en su propia vida se asemejan a una obra literaria. Le enoja sentir que a su vida le sucedan cosas que puedan resultarle apropiadas a un novelista para contarlas en una novela.

Riba cree que en el arte lo que importa es la obsesión desahogada, y en su confusión mental entre vida y obra, él mismo está obsesionado por cosas varias. Pero, paradójicamente, la suya es una obsesión tranquila, una *quieta obsesión* —si es que ambos términos pueden conjugarse en uno—, una quieta pasión por instalarse en Nueva York, ciudad que a pesar de haber visitado solo una vez, el editor siente como el centro del mundo, como la ciudad de su vida. Otra, es su obsesión por celebrar unos funerales en Dublín, por decir adiós desde allí a la era de la imprenta. Por último, su obsesión *tranquila* por viajar al centro de sí mismo, por alcanzar grados importantes de entusiasmo y no morir de pena después de haberlo perdido casi todo.

En su desmesurado fanatismo por la literatura, Riba siente «admira-

ción por los escritores que cada día emprenden un viaje a lo desconocido sentados en su habitación, sin moverse, y sin embargo el confinamiento les proporciona una absoluta libertad para ser quienes deseen ser, para ir donde les lleven sus pensamientos». El editor entiende la vida como una aventura desde el mundo de sus libros, así, ve la lectura como «una forma de estar en el mundo: un instrumento para interpretar de forma literaria el diario de una —de su— vida» (131).

En resumen, *Dublinesca* es una novela que oscila entre el «mal de autor» y la «pena del editor», pero es también una novela de búsqueda, búsqueda del entusiasmo y de la genialidad perdida. En esta contradicción —ya que al mismo tiempo que Riba necesita la comodidad de lo entrañablemente familiar, siente la necesidad de aventuras en geografías donde reina la extrañeza, el misterio y la alegría que rodea lo nuevo—, necesita volver a ver el mundo con entusiasmo como si lo estuviera contemplando por primera vez. Por eso planea el viaje a Dublín, para celebrar el funeral que acabará con su vida anterior y que dará paso a una nueva vida. Ese réquiem le sirve para inventarse literariamente a sí mismo, y como el ave Fénix, renacer de las cenizas de la vieja literatura, como en el viaje que los antiguos irlandeses efectuaban desde la miseria y la dura vida de Irlanda, hacia la ciudad de Nueva York, el centro del nuevo mundo. Este viaje a la ciudad prometida, la ciudad de sus sueños, ayudará al editor a encontrar una nueva forma de estar en el mundo y así poder seguir interpretando de forma literaria el diario de su nueva vida.

University of Houston

HELENA TALAYA